

tengo con vd. de llevarla á «los Inválidos» cuando tuviera tiempo.

—De ningún modo, exclamé; iremos ahora, si me da licencia nuestra madre, y se quedará para mañana la correspondencia.»

**CARTA XXXII.**

Así sucedió: á los cinco minutos nuestra madre, una hermana jóven, que tenia mucha curiosidad de ver la famosa olla del cuartel de Inválidos, y yo, subimos en el coche con tu prima, dejando por cortesía al Sr. de Marval que se fuera en el pescante con el cochero.

Paris, Hospital de San Luis.

Ayer, querida Carolina, me iba yo á poner á escribirte, cuando el Sr. y la Sra. de Marval fueron cayendo como una bomba á la hora de la recreacion de despues de la comida. No pudiendo ménos, que manifestarles algo mi disgusto, les pregunté lo que deseaban, diciéndoles que siempre escogian mal la hora en que me venian á ver; en una palabra, les declaré llanamente lo que contrariaban mi plan con su llegada, suplicándoles juzgasen ellos mismos si era justo que te dejase á tí por ellos.

Por única respuesta, Aurelia se rió de buena gana, y su caro esposo me dijo con la mayor sangre fria del mundo: «Ya que es así, estimada hermana, tendrá vd. la bondad de libramme del compromiso que

tengo con vd. de llevarla á «los Inválidos» cuando tuviera tiempo.

—De ningún modo, exclamé; iremos ahora, si me da licencia nuestra madre, y se quedará para mañana la correspondencia.»

Así sucedió: á los cinco minutos nuestra madre, una hermana jóven, que tenia mucha curiosidad de ver la famosa olla del cuartel de Inválidos, y yo, subimos en el coche con tu prima, dejando por cortesía al Sr. de Marval que se fuera en el pescante con el cochero.

No te contaré muchos pormenores de tan magnífico establecimiento, que apenas se puede ver de un modo muy superficial en la primera visita, pues que parece una ciudad, compuesta de patios, construcciones é innumerables jardines: viven allí cuatro mil inválidos entre oficiales y soldados, y se dice que podrian habitar en él hasta siete mil; agrega á ese número el de los empleados, que es muy considerable, y tendrás una idea exacta de esa poblacion.

El Sr. de Marval nos enseñó todo: la capilla que es digna del real fundador del Hotel de Inválidos; la biblioteca; la cocina, en que admiramos, no una, sino dos ollas, que cada una

puede contener más de mil y trescientas libras (\*) de carne: ¿qué te parece su capacidad?

En fin, después de haber recorrido todo aquello en medio de esos héroes mutilados, que inclinaban con modestia sus laureles ante los canelones de las charreteras del Sr. de Marval, nos dirigimos al departamento de nuestras hermanas que nos hicieron visitar la enfermería y la sala de la *Victoria*; la hermana que está allí de Superiora nos recibió con mucha bondad y nos presentó á varios ancianos casi centenarios.

Tu primo les dirigió algunas palabras de estimación, y uno de ellos le dijo: «Mi general, los pobres *monges legos* agradecen mucho el interés que vd. les manifiesta, y cuando hayan alzado el campo y rendido esta última jornada, se acordarán de rogar al Dios de los ejércitos, que se le recompense.»

Tu primo le apretó la mano, y si aquel valiente no estuviera tullido creo que se hubiera puesto de rodillas para agradecerle tan insigne favor.

Les pregunté á mis hermanos qué significa-

Al salir de los «Inválidos» creimos que Aurelia nos iba á llevar á nuestra casa; pero nada

ba el título de *monge lego* que se había dado el inválido orador, y me respondieron que provenía de que antiguamente se llamaban así á los soldados mutilados ó enfermos que el rey colocaba en las abadías para que acabaran allí su vida.

Mientras tanto no me cansaba de admirar la extrema limpieza que reina en la sala de la *Victoria*, y con razón lo hacia, yo pues casi todos los viejos inválidos que hay allí son por sí demasiado sucios, y tan impertinentes como si hubieran vuelto á la infancia. Con esto esa sala es la predilecta del capellán y de nuestras hermanas, porque en ella recojen mas consuelos que en ninguna otra, solo les entristece no poder ejercer su zelo y su ministerio de paz y caridad, sino con seres que no tienen mas que un soplo de vida. Para mí, sería muy duro el estar dedicada únicamente á cuidar y asistir puros viejos de gorra de cuartel. Pero no se lo vayas á decir al Sr. de Marval, que no me lo podría perdonar, pues lleva su entusiasmo hasta el exceso al respetar esos gloriosos restos humanos.

Al salir de los «Inválidos» creimos que Aurelia nos iba á llevar á nuestra casa; pero nada

de eso, le gritó á su cochero: «A la casa de los niños expósitos,» y como nosotras protestamos contra este abuso de confianza, su marido nos dijo: «Hermanas, me parece que estamos en nuestro derecho; ya les pagué yo á vdes. mi deuda, ahora es fuerza que vdes. nos paguen la suya.»

Effectivamente le habíamos ofrecido enseñarle «la Cuna» cuando nos hubiera llevado á «los Inválidos,» como ves, no nos dió ningun plazo, sino que de buenas ó de malas fué preciso someternos á su *despótica* voluntad, yo lo hice con tanto mayor gusto cuánto que conozco á muchas de las hermanas de allí, y sobre todo una á quien quiero casi tanto como á mi amada madre Sor Victoria: además, tengo allí tanta confianza y estoy tan contenta como en mi hospital de San Luis.

Llegamos, y la hermana que está encargada de recibir á los niños que depositan en el torno, se apresuró á llamar á su superiora, que tuvo la bondad de encargarme á mi conocida que nos enseñara su interesante casa en todos sus detalles; fué una de las primeras fundaciones de nuestro bienaventurado padre San Vicente, cuya estatua adorna la entrada.

Al hacernos recorrer tan bello establecimiento, nuestra amable compañera respondia á cuantas preguntas hacíamos, lo que me permitirá enviarte, cuando tenga tiempo, un informe abreviado, pero exacto, de los usos, costumbres y leyes en vigor, en la casa de los Niños-Expósitos.

Después de haber visitado la lencería, en que están puestos con un orden admirable y arreglados con mucho gusto millares de pañales y toda clase de piezas de ropa, recorrimos las salas de los enfermitos, cuya mayor parte se da prisa en tomar el camino del cielo, á pesar del esmerado cuidado de nuestras hermanas; por lo demás, creo no hay por qué compadecerlos. También entramos al departamento de las nodrizas, que parecieron no gustar gran cosa de nuestra visita, segun el modo con que nos recibieron.

Por último, nos dirigimos á la sala del Santo Pesebre, que es una galería muy extensa, llamada así para poner de un modo más especial bajo la proteccion del Santo Niño, tan amante de la inocencia, á los pequeños niños tan desgraciados, que se hallan bajo su custodia. Hay allí cosa de doscientas ó trescientas cu-

nas muy limpias y con sus pabellones blancos. Luego que llega á ser depositado algún niño en el torno, ó que es llevado de cualquier otro modo á la casa, se le inscribe con el número de orden que le corresponde, despues se le conduce á la sala del Santo Pesebre, donde las criadas lo lavan perfectamente de pies á cabeza antes de ser entregado á nuestras hermanas y revestido del blanco ropaje de los niños de la cuna.

Nada es tan bello ni tan tierno como el aspecto de esa doble fila de cunitas en que descansan tantos ángeles, que sus madres han rechazado de su seno, y que la religion recoge, adopta, calienta con amor sobre su pecho, y les dá tantas madres cuantas hijas de San Vicente de Paul hay sobre la tierra.

En cuanto entramos, mil gritos lastimeros hirieron nuestros oídos, y para hacerlos cesar se les distribuyó á esas infelices criaturas una poca de agua de azúcar que saboreaban con marcado gusto. Despues de algunos minutos se restableció la calma, fueron vueltos á colocar los niños en sus cunas y pudimos verlos á toda nuestra satisfaccion: te aseguro que hay algunos bellísimos. Mientras tanto, una de nuestras hermanas, encargadas del cuidado de

la sala, seguia cargando á dos de ellos en sus brazos, á quienes arrullaba con dulzura; la pregunté por qué no los acostaba como á los demás, y me dijo sonriendo:

—Porque es imposible someterlos al orden establecido, nunca se quieren dormir si no es en nuestros brazos; si por desgracia los pusiera yo despiertos en sus camitas, armarian tal borruca que inquietarian á todos los otros y gozaria vd. de nuevo del concierto de que disfrutó á su llegada.

—¿Por qué, hermana, le preguntó entónces Aurelia, por qué uno tiene en su falla una cinta azul y el otro una color de rosa?

—Señora, para distinguir los hombres de las mujeres.

—¿Muy bien! así este caballero no vale más que su compañera.

—Canta más recio que ella; pero le confieso á vd., que ella es más *picaroncita*; veála vd. que parece dormida; pues bien, si me fiara de esas apariencias y la pusiera en la cuna, se enojaria tanto, que pasaria lo menos una hora antes de que consiguiera yo calmarla; en ve de que mi pobre muchacho va á consentir r

pronto sin gran dificultad en que me desprendía de él.

En efecto, lo puse en la cuna, la movió ligeramente, yo le corrí las cortinas y se quedó dormido: despues intentó mi hermana por dos veces hacer lo mismo con la mujercita pero daba luego tan agudos chillidos, que más que de prisa, por el interés general, la volvía á tomar en sus brazos.

Cada dos ó tres dias llegan de los departamentos diversas nodrizas que se llevan á los niños á criarlos en sus casas, con lo que queda lugar desocupado para recibir á otros. No se conservan en el establecimiento mas que los que parecen enfermos, débiles ó demasiado delicados para soportar un viaje largo, los que son confiados á las nodrizas que viven en la casa.

Todos los niños expuestos, sin llevar ávise de haber recibido el bautismo, son inmediatamente regenerados con el agua santa por el capellan del establecimiento, y cuando entramos á la capilla vimos á una hermana que amadrinaba á uno en la fuente bautismal; era una niña que exhaló su último aliento al fin de la ceremonia. ¡Dichosa de ella!...

Todo esto conmovió á Aurelia, que exclamó al salir: ¡Oh! si la miseria es la que obliga á las madres de todos estos niños á abandonarlos, son muy dignas de compasion! pero si no es la pobreza, ¿qué culpables son!...

El Sr. de Marval depositó una rica limosna en el cepo destinado á ese objeto, dió las gracias á nuestra amable *cicerone* y subimos al coche todos, más ó menos conmovidos por nuestra visita. Como podíamos disponer todavia de una hora, nos decidimos á completar el dia yendo de una vez á visitar el hospicio de *María Teresa*, fundado por la Sra. de Chateaubriand para sacerdotes pobres y enfermos, y para señoras nobles en la miseria: mediante una retribucion sumamente módica, unos y otras son recibidos allí y cuidados con más esmero, bajo todos aspectos, que lo que estarían en sus casas, aunque tuvieran comodidad.

Rodeados de consideraciones y de respetos por parte de nuestras hermanas, se hallan alojados en cuartos amueblados con cierto lujo. Los que pueden hacerlo, comen reunidos, y se les sirve la comida en buena vajilla. Como su habitacion, separada de la de nuestras hermanas por una callecita de césped con su cerca de

rosales, es ya insuficiente para el número de enfermos que se presentan, desea construir otra la piadosa fundadora, en que lo útil se reúna á lo agradable.

La capilla que pertenece al departamento de las señoras y de nuestras hermanas, es pequeña, pero muy bella: tiene una tribuna bastante grande que tiene entrada por la sala de las señoras: esa sala está dividida por en medio con un largo pasadizo, y por tantos tabiques, hasta la mitad de la altura de la pieza, como camas hay: cada señora queda así enteramente independiente en su alcoba, y vive como quiere, como hermitaña ó en sociedad.

Hay allí muchas grandezas caídas, muchos nobles y conmovedores infortunios, y ha sido una idea muy digna del alma tan cristiana de la Sra. de Chateaubriand, el haberles abierto este honroso y pacífico asilo.

—¡Ay! exclamó el Sr. de Marval al despedirse de nuestras hermanas, ¡ay! no comprendo ahora cómo puede haber hombres que rehusen su amor y su admiración á una religión tan pródiga de beneficios!

Aurelia, al oírlo, complaciéndose en su felicidad, apretó con emoción la mano de su ma-

rdo, y una lágrima de gozo brilló entre sus párpados.

Ha quedado ella tan contenta de este día, que quiere que se repita otra ocasión, y nos ha hecho prometer llevarla alguna vez á que visite el Hospital de los incurables, el Hospicio de Huérfanos y otras casas de beneficencia. Este hospicio dicen que se trata de reunirlo á la Casa de la Cuna; si acaso se verifica así, compadezco á la Superiora de los «Niños Expositos,» pues necesitará mucha energía para no sucumbir con semejante peso.

No olvidaremos, por supuesto, también á la «Casa de huérfanas de la Providencia» que es un modelo en su genero, se educan en ella más de doscientas muchachas, en los principios de una piedad verdadera y sólida, que no pierden cuando salen de tan bendito asilo. Es cierto que la educación que reciben es la más á propósito para librarlas de los lazos que se les tienden en el mundo: se les enseña á amar á Dios, sobre todas las cosas, á practicar la virtud y dedicarse al trabajo, el más seguro custodia de aquella. Se les inspira una humildad profunda, que les hace hallar gusto en la sencillez, y en la oscuridad de su condición, impidiendo que se entreguen

à esa pasión tan violenta del tocador y de los adornos que pierde à tantas jóvenes. Por esto, con muy pocas excepciones, llegan à ser excelentes esposas y virtuosas madres de familia.

Honor à sus maestras! porque su tarea es de las más difíciles de las que se nos han impuesto à nosotras, y se necesita tanto vigor como prudencia para cumplir con ella à mayor gloria de Dios.

Cuento tambien con hacer una corta expedicion hasta *Conflans del Arzobispo*, para visitar à los huérfanos del cólera; tengo entre ellos varios conocidos, que me alegraré tanto más de ver, cuanto mejores son los informes que tengo recibidos de su comportamiento.

No por esto, querida Carolina, vayas à escandalizarte creyendo que se ha apoderado de mí el espíritu de disipacion y que ya no pienso más que en recorrer el mundo. ¡Oh! no! jamás haré cosa sin licencia de mis superiores, que sabrán muy bien hasta dónde me la deben dar; así estaré segura de no faltar en nada à mi deber; además, nunca estoy más contenta que cuando me quedo con mis queridos heridos. No sé si te he contado ya que así que pasó el cólera, nuestra Madre tuvo à bien cam-

biarme de sala. Lo recibí con gusto, como procuro hacerlo en todo lo que me encargan, pues si fuera de otra manera sería indigna de llamarse Hija de San Vicente de Paul,

Tu amiga,

SOR TERESA.